

hombre, los cazadores muy expertos osan acecharlos tambien de día y arrojarles desde la orilla su lanza. Segun afirma Baker, entre los nómadas de las estepas de Athara cuéntanse varios cazadores atrevidos que se acercan nadando á los colosos, arrójales el arma y se sumergen en seguida para no ser vistos por el monstruo, enfurecido al recibir la herida, y á fin de volver á tierra tan rápidamente como es posible. Cuando el hipopótamo ha muerto se arrastra el cadáver rio abajo hasta el mas próximo banco de arena, para descuartizarle.

CAUTIVIDAD.—Del mismo modo indicado se cogen los hipopótamos vivos. No sabemos cómo procedían los romanos para cogerlos y trasportarlos: segun refieren los autores antiguos, no solo se llevaban individuos pequeños á la capital del imperio universal, sino tambien adultos, los cuales se utilizaban para celebrar sus triunfos y en las luchas del circo. El edil Escauro en el año 58 antes de Jesucristo presentó al pueblo romano cinco crocodilos y un gran hipopótamo; Cómmodo hizo matar cinco de estos paquidermos en la arena. Desde entonces no llegó ninguno de estos animales á Europa hasta mediados del siglo xvi de nuestra era, y despues pasaron otros trescientos años sin que se vieran individuos vivos en nuestro continente.

Todos los hipopótamos que vemos ahora en Europa han sido cazados por medio del arpon cuando eran pequeños: inútil parece decir, que para apoderarse de uno es preciso matar antes á la hembra, pues de lo contrario seria imposible conseguirlo. El ciego cariño que profesa el hijuelo á la madre facilita la empresa: la sigue por todas partes cuando le dan caza, y ni aun abandona el cadáver. Entonces se arroja un arpon al pequeño hipopótamo, dirigiéndolo á una parte poco sensible y se le saca á la orilla. Al principio trata de huir, lanza gritos penetrantes, parecidos á los del cerdo cuando se le mata; pero acaba al fin por acostumbrarse al hombre. Segun dice Sparrmann, los hotentotes le pasan varias veces las manos por el hocico para acostumbrarle á su olor, y se encariña desde entonces con ellos como antes con su madre. El pequeño hipopótamo mama con gusto el pezon de la vaca; pero no le basta una para criarle: necesita la leche de dos ó tres, y hasta de cuatro, ó la de ocho á doce cabras.

Segun todas las observaciones hechas hasta el día, los hipopótamos soportan bien y mucho tiempo la cautividad, aunque sea en Europa. Si se pone una pareja en sitio conveniente, donde puedan estar tan pronto en agua como en tierra, se logra su reproduccion; se les alimenta lo mismo que á los cerdos.

Yo ví en el Cairo el primer hipopótamo que fué conducido á Europa: habiase acostumbrado á su guardian y le seguia por todas partes como un perro, dejándose gobernar fácilmente. Se alimentaba con una mezcla de leche, arroz y salvado, y mas tarde prefirió plantas frescas. Para embarcarle se construyó una jaula especial, y se cargaron en el buque varios grandes toneles llenos de agua del Nilo, á fin de que se pudiese bañar varias veces al día. El viaje hasta Lóndres se verificó sin accidente.

Mas tarde llegaron á Paris dos hipopótamos, y en 1859 se vieron otros dos en Alemania, donde se enseñaban en varios pueblos. Eran muy mansos, y tan pesados como retozones, jugueteaban con sus guardianes y con un perro de las estepas, que inútilmente se esforzaba para morderlos. Estos hipopótamos, que se hallan ahora en Amsterdam, han perdido mucho de su primera alegría, y sin ser salvajes, no se muestran tan dóciles como antes.

Solo á su guardian manifiestan algun afecto; cuando este les llama, acércanse, abriendo la repugnante boca para recibir una golosina, y permiten que les rasque con un pedazo de madera, etc. En setiembre de 1861 entraron en el período

del celo y á mediados del mismo mes se aparearon en el agua muchas veces seguidas; el acto era de corta duracion, como en los caballos.

La hembra parió en 16 de julio de 1862, despues de una gestacion de diez meses; el pequeño, perfectamente desarrollado, fué maltratado por la madre desde las primeras horas. No le dejaba mamar, y cuando la separaron del macho manifestó mucha irritacion. El pequeño murió al cabo de dos días, á pesar de los esfuerzos hechos para criarle artificialmente.

Algunos días despues concibió la hembra de nuevo: habiase inquietado mucho menos por su hijo que por el macho, el cual se puso furioso al ver su progeñe.

Westerman, director del jardin zoológico de Amsterdam, refirióme mas tarde que la misma hembra dió á luz otros pequeños, y siempre á los siete meses y veinte ó venticinco días del apareamiento; los mas de estos pequeños fueron maltratados por la madre. El padre parecia siempre celoso de su progeñe y conducíase como loco, excitando tambien á la hembra contra sus hijos; era preciso alejar los hijuelos que las tres primeras veces no vivieron mucho tiempo. Procurábase criarlos con leche de vaca, que se les daba por medio de grandes botellas con biberon; tambien se acostumbraron á alimentarse de este modo; pero solo vivieron de dos á tres semanas. Westerman fué mas afortunado con el cuarto hijuelo, nacido en agosto de 1865: tambien con este se usó al principio el biberon, pero inventóse pronto un medio mas sencillo para alimentarle. Púsose la leche tibia mezclada con agua en un puchero y el mismo Westerman se mojó la mano para obligar al animal á chupar; el pequeño vaciaba un puchero tras otro y prosperaba visiblemente. Despues del segundo mes de su vida aceptó ya lechuga, yerba y otros vegetales; y cuando tuvo seis meses, condújose como sus padres. Mas tarde se le vendió para la América del norte; pero murió en el incendio del Palacio de cristal, donde habia sido expuesto algun tiempo.

En los últimos años se ha logrado tambien en el jardin zoológico de Lóndres obtener el mismo resultado. Bartlett, que observó cuidadosamente el primer parto, nos ha facilitado interesantes pormenores, de los cuales reproduzco lo siguiente: «A fines del año 1870, así el guardian como yo notamos un extraño cambio en la hembra adulta del hipopótamo, y nos explicábamos este hecho suponiendo que estaria preñada. Pronto nos convencimos de que así era, pues el animal se conducia del modo mas desagradable con el guardian, á quien obligaba muchas veces á salir de su alojamiento. Esto anunciaba, segun me habia dicho Westerman, el fin de la gestacion y de consiguiente me esforcé todo lo posible para observar el animal de la manera mas minuciosa. El 21 de febrero notamos un cambio muy marcado en el proceder de la hembra: mostrábase en extremo inquieta y miraba furiosamente á su rededor. En seguida mandé cerrar la casa, todos los guardianes recibieron orden de no entrar en el recinto ni permitir tampoco que se molestase al animal. Por la ventanilla de un aposento inmediato podíamos ver sin ser vistos y observar todos los movimientos. Hasta la tarde del día siguiente mostróse muy inquieta y excitada, corria por toda la casa, echábase en el suelo, para volver á levantarse en seguida, tan pronto de un lado como de otro; avanzaba y retrocedia, miraba fijamente hácia delante, levantando la cabeza; abria y cerraba su enorme boca, rechinaba los dientes y hacia, en fin, tantos esfuerzos, que al fin se produjo una transpiracion sangrienta por la cara y los costados. Bajo este aspecto nos parecia verdaderamente repugnante. El mas leve ruido excitaba su atencion, y cuando el guardian entró una vez en la casa, precipitóse el monstruo con furia hácia él. Poco se cui-

daba del macho, ó á lo menos no contestaba á sus voces como solia hacerlo hasta entonces. Deducíamos de todo esto que el momento del parto debía estar muy próximo. Al fin eligió un puesto para echarse y permaneció algunos minutos inmóvil: el pequeño hipopótamo salió á luz súbitamente y como por encanto.

»Inmediatamente despues del parto, notable por la rapidez con que se efectuó, levantóse la madre, se volvió, y precipitándose con las fauces abiertas sobre el hijuelo, cogióle con la boca. Si en este momento crítico hubiese visto la hembra alguna persona, estoy convencido de que hubiera dado muerte en el acto á su progeñe. Apenas osábamos respirar para no perder ni uno solo de los movimientos del animal en aquel instante. Revolviendo sus ojos en las órbitas, escuchaba un poco y parecia dudar sobre lo que debía hacer; de pronto y con gran asombro nuestro, el recién nacido contestó á los mugidos del macho, moviendo al mismo tiempo las orejas cual si quisiera sacudir el agua; entonces volvióse la hembra y lamio con su larga lengua plana el cuerpo del pequeño animal, que á su vez comenzó á moverse é intentó andar. La madre le ayudó en estos esfuerzos, empujándole con la nariz, y el animalito corrió por todo el establo media hora despues de nacer; la hembra vigilaba cuidadosamente sus primeros y vacilantes pasos. Al ponerse el sol el pequeño habia elegido un cómodo lecho de paja en un rincon del alojamiento para descansar, y en el mismo sitio se echó tambien la madre, cuidando con el mayor cariño á su vástago. A la mañana siguiente, el pequeño hipopótamo parecia haberse reforzado mucho; recorrió tres ó cuatro veces el establo y contestó durante el día al mugido del macho, mientras que la hembra permanecia silenciosa; madre é hijo durmieron la mayor parte del tiempo. No le vimos mamar, pero supuse que lo haria de noche. Dos días despues el pequeño estaba durmiendo al parecer, la madre tenia mal humor, y de pronto notamos que el primero hacia en vano esfuerzos para levantarse. Esto me pareció de mal agüero, y de consiguiente resolví separarle de la madre, por peligroso que esto fuera. En vano intentó el guardian obligar á la hembra á entrar en la pila del baño, para poder cerrar la reja que separaba este del establo; el animal, si bien se precipitó al agua, volvió en seguida y arrojóse furiosamente contra el hombre. Solo por medio de una bomba de fuego, instrumento muy temido de los hipopótamos, logrése la separacion; entonces pudimos apoderarnos del pequeño y reconocimos con asombro que pesaba ya unos 50 kilogramos; era tan liso y resbaladizo como una anguila y pateaba mucho entre nuestras manos. Se le colocó en un sitio abrigado sobre una blanda cama de heno y le cubrimos con una colcha de lana; entonces pareció revivir y aceptó sin resistencia el biberon lleno de leche tibia de cabra; de modo que tuvimos esperanza de conservarle vivo. Sin embargo, despues de haberle dado de beber por segunda vez, sobrecogieronle convulsiones, y murió de repente. No habia mamado nunca de la madre, y hé aquí por qué estaba tan débil; la hembra no era culpable, pues le hubiera amamantado y alimentado.

»Nunca he visto, concluye Bartlett, un animal tan desconfiado por su progeñe, ni tan dispuesto á defenderla á todo trance. Esta hembra profesa un cariño casi celoso á sus hijuelos, circunstancia que dificulta mucho criarlos en la cautividad, pues el pequeño está en continuo peligro de ser derribado al suelo y muerto por los bruscos movimientos de la madre.»

Al año siguiente Bartlett tuvo la suerte de conseguir que la misma madre criase un hijuelo.

El hipopótamo no tiene mas enemigo peligroso que el hombre. Cierto que se ha hablado mucho sobre luchas entre este

animal y el crocodilo; pero nadie fué testigo de estos combates; y esto por la muy sencilla razon de que el crocodilo y el hipopótamo no hacen jamás aprecio uno de otro; es bien seguro que el último no osaria acometer á un vecino tan poderoso como lo es el enorme lagarto. Allí donde el hombre no llega con sus tormentos, el hipopótamo alcanza larga vida, merced á la absoluta seguridad en que vive. A pesar de que crece con bastante rapidez, necesita sin embargo mucho tiempo para llegar á su mayor desarrollo. Es probable que en el segundo año sea ya propio para la propagacion, y ciertamente lo es al tercero; las observaciones hechas en individuos cautivos han demostrado que el hipopótamo sigue creciendo algunos años despues de haberse reproducido; y aun cuando es completamente adulto, sus dientes por lo menos aumentan en longitud y circunferencia. No se sabe en qué época de su vida comienza la vejez, ni tampoco qué número de años puede alcanzar; pero se ha reconocido que este coloso no está exento de enfermedades. «Un hipopótamo, refiere Schweinfurth, reproduciendo un pasaje de su diario, se halla en tierra firme, reclinado sobre un arbusto de la orilla, y no intenta precipitarse en el agua al acercarnos; la lancha pasa á una distancia de 20 pasos del animal, y le disparamos un tiro, pero la bala no produce efecto. El coloso, no obstante, con su color de carne y su lustre violáceo, vacila de un lado á otro cual si buscase un punto de apoyo en la maleza; y todos creemos que el animal está enfermo, pues sábese por experiencia que los hipopótamos van siempre á tierra firme cuando conocen que se acerca la muerte. Sin embargo, nadie puede explicarse porqué este individuo estaba derecho, apoyado en las cuatro patas.»

La forma monstruosa y la malignidad de este paquidermo explican suficientemente que en la mayor parte de los pueblos circule toda clase de patrañas y fábulas. El habitante del Sudan no considera al feo hipopótamo como un sér natural, sino como un monstruo arrojado del infierno; el nombre de *lesint*, que estos indígenas le dan, y cuya significacion nadie conoce, indica ya algo de extraordinario. Debe agregarse además, en concepto de los árabes, el desprecio que este hijo del infierno profesa todavia á los amuletos de mas virtud.

«Que Dios confunda con su ira á los monos, me dijo un habitante del Sudan, pues son hombres encantados, ladrones, hijos, nietos y descendientes de ladrones; pero que el Todopoderoso nos preserve en particular de esos hijos del infierno, los hipopótamos, pues para ellos lo mas sagrado no es mas que espuma, y la palabra del Profeta solo un aliento insignificante!»

El monstruo del Nilo no es á los ojos de los indígenas un sér creado por Alá, sino un hechicero disfrazado y maldito, hijo del infierno, adicto en cuerpo y alma al diablo, de quien el Todopoderoso debe preservar á los creyentes; este hechicero no se presenta sino temporalmente bajo su forma diabólica; en otras ocasiones aparece en figura de hombre en su choza, para desviar á otros hijos de Adan del camino de la salvacion. En otras palabras, el hipopótamo es el demonio en persona, aunque sin piés de caballo ni cola. La prueba de ello se ha visto en centenares de casos. Esos hijos del infierno han quitado la vida á varios hombres, y despues de salir el alma de su cuerpo, este no fué devorado. El gobernador del Sudan oriental, Churschid-Bajá, llegó un día á las orillas del rio con un destacamento de soldados, á los cuales dió orden de cazar á un hipopótamo, sin hacer aprecio alguno de las advertencias de un sabio jeque que trataba de disuadirle, porque sabia que aquel animal no era mas que la forma de un hombre encantado. El condenado hechicero fué muerto bien pronto y su negra alma bajó á los

infiernos; pero el gobernador no se libró del maleficio. Como no cesó de perseguir á los brujos de su país, enfermó del mal de ojo; enflaqueció su cuerpo, secáronse sus entrañas, y aun estando muy malo, no quiso creer á los ulemas y al khadi. En vez de llamar á un depositario de la palabra de Dios para que expulsase al espíritu infernal, confióse á los médicos infieles del Frankistan y acabó por morir. Que su cuerpo descansa en paz y sea su alma perdonada; pero que nuestro guardian y protector nos libre de los hechiceros y artificios del infierno!

USOS Y PRODUCTOS.—La carne y la grasa del hipopótamo son muy apreciadas; en otros tiempos no había para los colonos del Cabo manjar mas apetitoso. Descuartizado el animal apenas moria, conducíase á la casa, y se vendían algunas partes á los amigos solo por favor, y aun así, pagándolo á muy buen precio. La carne de los hipopótamos pe-

queños es sobre todo un manjar exquisito, hasta para los europeos; la lengua ahumada pasa por ser excelente, y la manteca es preferida á la del cerdo. La grasa derretida sirve para la preparacion de diversos platos y se come tambien con pan: los hotentotes la beben como nosotros el caldo. En el este de Africa se utiliza para confeccionar una pomada de gran renombre, que llaman *Delka*, y que aprecian mucho los negros para untarse el cabello y el cuerpo.

Con la gruesa piel se fabrican excelentes látigos y tambien escudos; los enormes colmillos son casi tan apreciados como el marfil, y se emplean, lo mismo que en la antigüedad, para toda clase de trabajos finos; mas los objetos fabricados con ellos se rompen muy fácilmente.

Así se utilizan, exceptuando los huesos, todas las partes del animal; de modo que esta caza produce casi tanto como la del elefante.

QUINTA SUBCLASE—MAMIFEROS MARINOS

DECIMOTERCERO ORDEN

PINÍPEDOS—PINNIPEDIA

CARACTÉRES.—En el primer órden de los animales marinos vemos unos seres que seguramente parecerían mamíferos aun á las personas que no se dedican al estudio de la historia natural. Todavía existen cuatro extremidades, que si bien arrastran por el suelo, están separadas distintamente del tronco, reconociéndose tambien en los piés las articulaciones de los dedos de una manera asaz marcada. Estos últimos son perfectamente movibles en la mayor parte de las especies, hallándose unidos tan solo unos con otros por membranas natatorias; en pocas especies se hallan del todo cubiertos por la piel y carecen de movimiento; pero aun en este caso se reconoce su existencia por las pequeñas uñas que presentan exteriormente las extremidades. En rigor, solamente los piés nos parecen extraños; la estructura de los dedos difiere de la que observábamos hasta ahora; el dedo medio no es ya el mas fuerte y mas largo; todos están en una misma línea. Por lo demás, la estructura del tronco se diferencia tambien marcadamente de la de todos los mamíferos que hasta ahora hemos descrito, aunque aun podría compararse con la de varias especies, sobre todo con la de las nutrias; y por lo tanto se explica que varios autores, si bien no reunen los pinípedos con los carnívoros, los clasificquen inmediatamente despues de estos.

La cabeza de estos animales, relativamente pequeña, está separada del cuello de una manera bien marcada; pero aseméjase mas á la de la nutria que á la de un perro; á pesar de esto, tanto la del primero de estos animales como la de los pinípedos, tienen sus caracteres muy especiales. La parte del cerebro es en los últimos ancha y plana, el hocico corto, redondeado y ancho por delante, y la hendidura de la boca profunda; el labio superior está cubierto de cerdas fuertes y elásticas, muy diferentes de las de los carnívoros; las fosas nasales, colocadas diagonalmente, están hundidas y pueden cerrarse; los ojos, grandes y bastante planos, están provistos de una membrana nictitante; la pupila es grande; las orejas

tambien pueden cerrarse, pero solo en una familia ofrecen algun desarrollo, mientras que por lo regular falta el pabellon. El cuello, corto y grueso, confúndese sin transición visible con el tronco, que se adelgaza hácia atrás gradualmente; la cola ha degenerado, y solo consiste en un muñon de regular longitud. Las partes genitales y el orificio se hallan en una cavidad hendida.

La piel, gruesa y fuerte, está cubierta en la mayor parte de las especies de sencillas cerdas de igual longitud; pero en algunas prolónganse en forma de crin y en otras existe el vello mas ó menos espeso. El color predominante del pelaje consiste en un verde gris que tira mas ó menos al amarillento ó rojizo; en medio se ven mechones de pelos con punta negra, que comunican al pelaje un color marmóreo; pero hay tambien pinípedos de un solo color y otros de dos.

El aparato dentario y la estructura interior del cuerpo aseméjase por muchos conceptos á las partes respectivas de los carnívoros, aunque ofrecen un tipo muy especial. Mientras que en los carnívoros, dice Carus, observamos que las extremidades son por su forma instrumentos de locomoción, á la vez que propios para coger la presa, sirviendo los dientes tan solo para triturar y mascar el alimento cogido con las piernas anteriores, en los pinípedos vemos que los dientes están destinados principalmente á coger y sujetar el alimento, no siendo los piés propios para ello á causa de su forma de aletas. Los dientes incisivos son casi siempre pequeños, los superiores mas numerosos que los inferiores; los laterales de la mandíbula superior se prolongan muchas veces en forma de caninos; estos sobresalen, con una sola excepcion, relativamente menos que en los carnívoros; todos los molares son iguales, es decir, todos tienen la forma de un cono agudo, ó son planos ó comprimidos lateralmente; en el último caso están divididos y presentan varios tubérculos pequeños, ó una punta grande, anterior, y otras pequeñas posteriores; tan pronto tienen una raíz como dos. La

dentición comienza en la primera edad, los hijuelos nacen generalmente muy desarrollados.

Segun Carus, el cráneo se distingue por la fuerte depression en la parte frontal, por cuya causa la parte del cerebro mas ó menos cóncava está separada muy marcadamente del rostro, que es igualmente grande. Las aletas del esfenoides están á veces tan próximas, que las órbitas se tocan casi; estas últimas son muy grandes; los arcos cigomáticos están muy separados y se dirigen hácia arriba. Solo en una familia se observa una prolongación posterior de las órbitas por el hueso frontal; y tambien únicamente en esta vemos la continuación de las eminencias mamilares.

La columna vertebral recuerda la de los carnívoros; las vértebras cervicales, distintamente separadas, están provistas de unas apófisis muy desarrolladas; cuéntanse además de 14 á 15 vértebras dorsales, 5 á 6 lumbares, 2 á 7 sacro-coxígeas, soldadas entre sí, y de 9 á 15 caudales. Las clavículas no existen. Los huesos de las extremidades son muy cortos; el radio y el cúbito, por una parte, y el peroné y la tibia, por la otra, quedan siempre separados; las articulaciones de los piés son de forma regular; los dedos anteriores y posteriores difieren en longitud en varias especies. El cerebro está relativamente desarrollado y tiene numerosas circunvoluciones dispuestas como las de los carnívoros.

El estómago es sencillo, casi en forma de intestino; el ciego es muy corto; los vasos situados al fin de las ramificaciones venosas, que forman una especie de red admirable en las extremidades, y los de la cara inferior de la columna vertebral, ofrecen particularidades especiales. La matriz es bicornia. Las hembras tienen de dos á cuatro mamas.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—Los focídeos, que constituyen la familia mas numerosa, habitan en casi todos los grandes mares, y tienen representantes así en los del sur como en los del norte. Tambien se encuentran en los grandes lagos del interior del Asia, á donde han llegado remontando los rios, ó donde se quedaron cuando estos lagos dejaron de comunicarse. La mayor parte habitan en el norte, y los mas singulares en el sur.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—Todos viven en el mar cerca de las costas y remontan un poco por los rios ó emprenden cortas excursiones de una parte de la costa á otra. Solo subsisten en tierra en determinadas circunstancias, á saber: en la época del celo y durante la juventud; el agua es, no obstante, su verdadero elemento; fuera de ella son torpes y pesados; pero en el mar se mueven con notable rapidez. Arrástranse con trabajo por la costa y los hielos flotantes; se tienden perezosamente para calentarse al sol, y á la primera señal de peligro se apresuran á buscar un refugio en el agua. Se sumergen y nadan con la mayor destreza, lo mismo de espalda que en posición natural; así adelantando como retrocediendo. Por el agua van y vienen, giran y se vuelven con ligereza; en tierra no pueden avanzar sino de un modo, y es arrastrándose como lo hacen ciertas orugas; encórvanse á la manera del gato que arquea el lomo; se apoyan sobre el vientre y alargan con rapidez el cuerpo, movimiento repetido que les permite adelantar relativamente con bastante ligereza. Las patas no les sirven sino cuando suben por una pendiente: en terreno llano se apoyan sobre ellas, pero tan á la ligera, que su auxilio es mas bien aparente que verdadero. Yo he observado con atención las huellas de estos seres en grandes extensiones, y jamás encontré la impresion de sus patas delanteras, lo cual no sucedería si las utilizasen. A veces colocan los focídeos las dos patas sobre el lomo y avanzan con la misma rapidez. En una palabra, sus extremidades no les sirven en manera alguna para la marcha: en cambio se valen de ellas, como los gatos y los monos, para

limpiarse, rascarse, alisar su pelo, sostener varios objetos y estrechar á sus hijuelos.

Todos estos animales son sociables; nunca se les ve solos, y cuanto mas desierto es un paraje, en mayor número se les encuentra. Cuando están lejos del hombre, muéstranse confiados y alegres; en los sitios habitados son muy tímidos, porque aquel es su mas temible y tenaz enemigo. Todos los carnívoros que pueden ser peligrosos para los focídeos, como el oso blanco y otros, se muestran mas humanos que el rey de la creacion, y por eso no se los puede observar sino de lejos en los puntos habitados.

Los focídeos tienen costumbres nocturnas: durante el dia se dirigen comunmente á tierra para dormir ó calentarse al sol, y no se mueven entonces como en el agua; no despliegan esa ligereza y rapidez de que hacen gala en su elemento natural, ofreciendo entonces la verdadera imágen de la perezosa. No les gusta cambiar de posición, ni aun se les puede obligar á emprender la fuga. Se tienden con marcado abandono para disfrutar de los rayos bienhechores del sol, volviéndose tan pronto de un lado como de otro, cierran los ojos y bostezan. Aseméjase mas bien á una masa de carne muerta que á un animal vivo, y solo sus narices, que se abren y cierran alternativamente, indican que el animal duerme. Cuando están á su gusto se olvidan de comer y beber durante varios dias y aun semanas enteras; en algunos se nota hasta el sueño invernal. El hambre les obliga por fin á volver al mar, y bien pronto se alisa y redondea y se cubre de grasa su enflaquecido cuerpo.

Con la edad aumenta su perezosa: los individuos jóvenes son vivaces, alegres y retozones, pero los viejos son ariscos y pierden toda su actividad. Debe reconocerse no obstante, que su torpeza en tierra los hace parecer mas perezosos de lo que son realmente. En caso de peligro se precipitan rápidamente al agua; notándose que cuando se les sorprende es tal su terror, que suspiran, tiembla todo su cuerpo y no perdonan esfuerzo para evitar á su enemigo. Si se trata de atender á la defensa de las hembras y de su progenie, los machos dan pruebas de gran valor. Ciertas especies que se encuentran en las islas desiertas son tan indiferentes, que dejan acercarse á cualquiera sin tratar de huir; pero cambian mucho cuando aprenden á conocer al hombre, al exterminador de todos los animales.

En cuanto á sus sentidos, el oído es excelente, aunque se halle apenas indicado el pabellon de la oreja; la vista y el olfato son menos perfectos; su voz es ronca, y tan pronto recuerda el ladrido del perro como el mugido del ternero ó del buey.

Cada grupo de estos animales forma una familia: el macho posee siempre varias hembras, y algunos de ellos no cuentan menos de treinta ó cuarenta. Son muy celosos entre sí, y lucharían hasta la muerte, si les fuese posible, para disputar el dominio sobre sus compañeras; pero su piel es tan gruesa, y tambien la capa de grasa, que constituye un fuerte escudo capaz de resistir las mordeduras.

A los ocho ó diez meses despues del apareamiento da la hembra á luz un hijuelo, rara vez dos, que se distingue por su gracia y su indole retozona. Los viajeros dicen que su espeso pelaje no les permite nadar y sumergirse, y que permanecen en tierra con su madre hasta la primera muda. Páreceme que este aserto merece confirmarse, pues no se aviene del todo con lo que yo he podido observar.

Los padres y sus hijuelos se profesan el mas tierno cariño; la madre defiende á su progenie con peligro de su vida; el macho se complace en ver cómo retozan, indicando su satisfacción con sordos gruñidos; su peso le impide tomar parte en la diversion, pero sigue con la vista á su hijo, que nada